

NÚMERO SUELTO, 20 CENTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 20 CENTIMOS.

## REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

## ANTE TODO...

Ante todo, nos sentimos moralmente obligados á dar una explicación. Varios diestros aludidos en la carta del *Lavi*, y que en nuestro número anterior publicamos, se muestran disgustados por algunos de los conceptos que en ella se expresan. Todo menos esto. Si nosotros, en cualquiera de nuestros escritos, advirtiéramos una ofensa personal encaminada á lastimar directamente á cualquiera de los individuos, cuya profesion torera estamos dispuestos á defender, al punto retiraríamos dichos renglones de nuestras columnas.

La carta del *Lavi* se dirige á diestros que aún figuran en modesta categoría, dentro de nuestra fiesta nacional. Con el ejemplo de los favorecidos por sus méritos y por su suerte, les invita á trabajar y á lograr un nombre al cual están llamados, dado el triste caso de que se ausentaran de la arena los hombres que hoy gozan de más brillante reputación.

Interpretar los consejos del chistoso diestro como propias ofensas, y sus palabras como encubiertas injurias, es no saber descifrar el sentido de la carta, ó por lo ménos no leerla con la debida lucidez y tranquilidad de ánimo.

Es más; creer injustamente esto, es querer negarnos lo que *por nada ni por nadie* hemos de perder, y es la imparcialidad en nuestros juicios, la verdad en nuestros asertos y la justicia en nuestras opiniones. Nuestro particular criterio podrá á veces separarse del de los demás; es imposible tener una opinion que satisfaga el capricho de todos; pero conste, que si este es el escollo principal en que naufraga la crítica, jamás formaremos reputaciones que no sean merecidas, y sobre todo no las engalanaremos nunca con el falso ó verdadero brillo arrebatado á los demás.

Cuiden, pues, los diestros aludidos en la citada carta de torear mucho y bien para que nuestras columnas se llenen de sus triunfos; agradezcan en el alma que el *Lavi*, desde la eternidad, se haya acordado de ellos para aconsejarles é instruirles; y crean que jamás trataremos de ofenderles; pero sí de ocuparnos del mérito poco ó mucho de sus trabajos, con toda la independencia que estamos dispuestos á sostener.

LA REDACCION.

## LAGARTIJISTAS Y FRASCUELISTAS.

Si no estais de acuerdo, queridísimos lectores, con la sana filosofía para creer que la pasión es uno de los síntomas de la locura, no teneis más que acompañarme al popular espectáculo de una corrida de toros.

Allí el público, esa entidad anónima que la formamos todos y de la que nadie en particular dáse por aludido, inquiétase como *el famélico* sobre su asiento esperando algo con qué saciar su indisplaciente espíritu.

¡Llega la hora fatal, y con ella el instante feliz de sus impresiones! ¡Vedle gritar cuando la solemnidad del peligro impone silencio, reír cuando el insultado llora, insultar y provocar cuando el lidiador mécese al borde de un abismo en donde juega y expone lo más grato que le es dado conservar, el don preciado de su vida!

Como hombres temblaríamos con él; casi el instinto de la humanidad nos llevaria á compartir su mismo riesgo; como público le dejamos abandonado en medio de su dolor; es más, como el irracional acaparado de los despojos de su víctima hacemos un festín de la desgracia.

¿No oís esa palabra dura, mal sonante, sucia, grosera, que ha salido de los labios del espectador, y que como espada de dos filos ha herido profundamente la dignidad del diestro?...

Fuera de aquel lugar le hubiera sido devuelta con mayores agravios... allí ha podido abofetear moralmente al indefenso... signo indiscutible de cobardía.

¿No oís aquella otra que ha engendrado la rabia y vomitado el encono con la cual se han suscitado rivalidades y despertado el estrecho espíritu de partido?... Pues ved sus efectos... El diestro, punzado por la amargura y herido en su decoro, ha traspasado los límites de la prudencia; la fiera que ruga frente á él, no muestra más ira salvaje en su acometida que él reconcentra en su pecho... y á ella se dirige, y la desafia, y la espera, y ya podrán todas las reglas del arte señalar los peligros y las desgracias las contingencias... el lidiador está allí, fijo en su puesto, atado como Prometeo en la roca, esclavo del peligro porque el público allí lo ha encadenado; en tanto que éste, como el ave carnícera de la Mitología, se cebará cruenta en sus entrañas.

¿Qué fenómeno es este? ¿Por qué los sentimientos más naturales y espontáneos del alma desaparecen de improviso ante aquel espectáculo, mitad gigante y mitad niño, mezcla de lo grande y lo pequeño, de lo rastroero y lo grandioso?

Vamos á decirlo.

Porque sobre todas estas debilidades humanas, sobre la pasión que ciega y el ánimo perturbado que oscurece, está el concepto inequívoco del Arte.

Acéptese nuestra fiesta nacional por una lucha desigual de fuerzas; recuérdense en aquel instante nuestras imprecaciones, nuestros arrebatos, y no hay duda que nuestros sentimientos quedarían al nivel de los de aquellos degradados *circenses*, que al apartar su vista, en la hora postrema del Sol de las gradas del anfiteatro de Roma, aún llevaban en sus pupilas desencajadas por la emoción, el matiz rojizo y repugnante de la sangre humana.

Nó; nuestras censuras, nuestros descarados actos, las pruebas ostensibles de encono son porque, teniendo reglas precisas que guardar y condiciones precisas que exigir á los que se dedican á cultivar *nuestra fiesta*, corren parejas para expresarlas, la indignación al lado de la ira y la extrañeza al lado del menosprecio.

Carecen de este recto y singular sentido todas estas manifestaciones cuando la opinión quiere encerrar la justicia en el estrecho círculo de la rivalidad y la infundada competencia.

¿Y qué es la competencia?

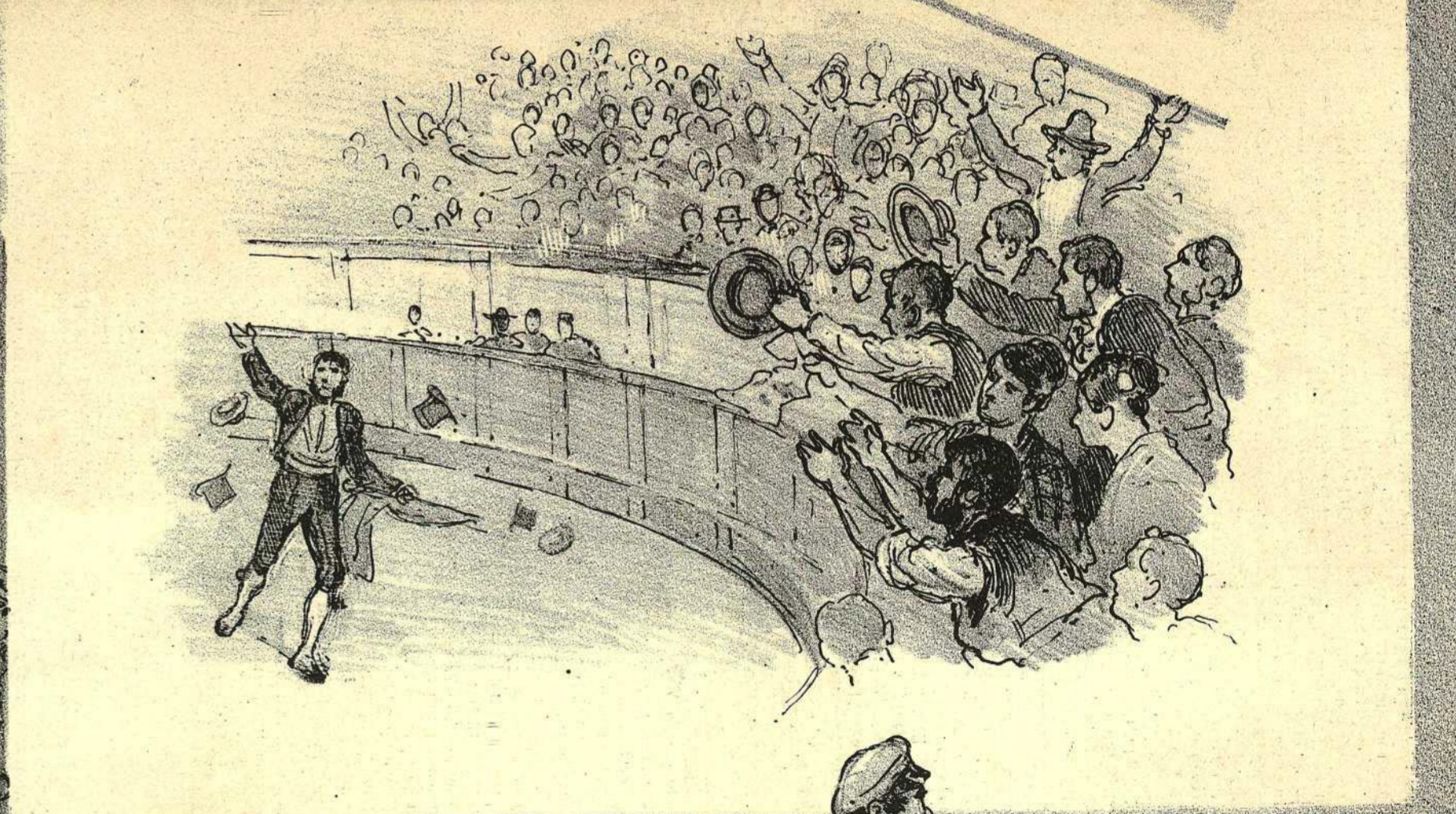
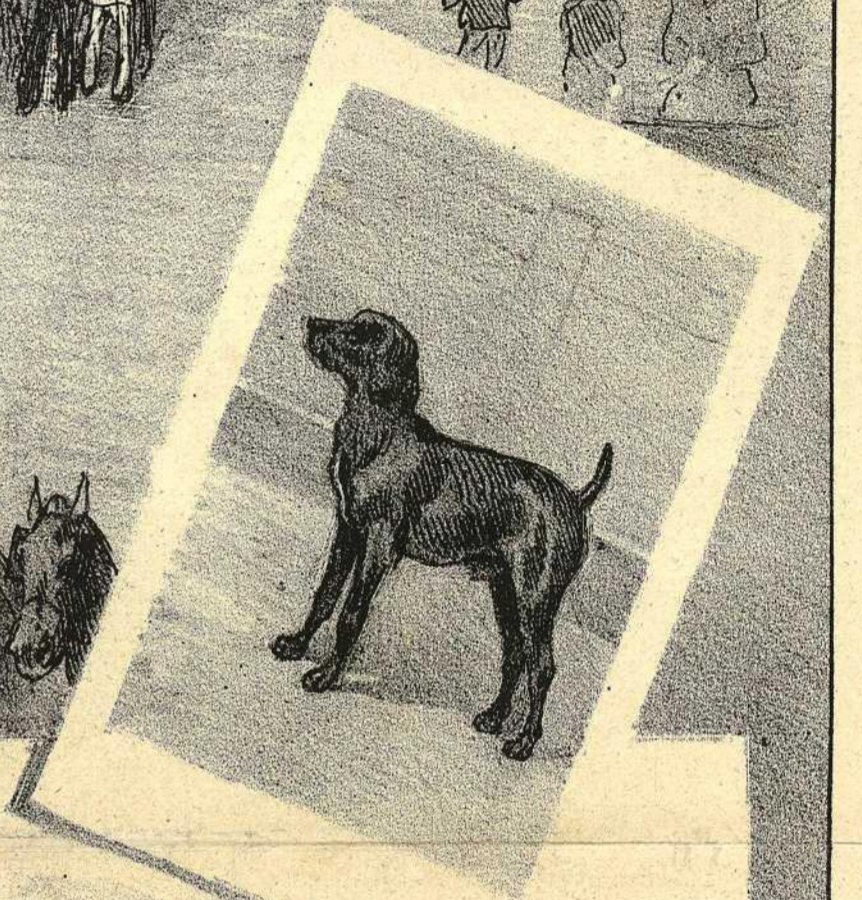
Una competencia en el arte taurino es, como en todas las profesiones de la vida, una rivalidad de fuerzas, un secreto impulso que estimula y excita la más noble de las pasiones, la noble ambición de llegar á ser. Sentirse elevado por este anhelo, es un arranque de odio contra las medianías. La competencia no es, pues, censurable; antes bien acera el exforzado ánimo, y es la gran piedra de toque para los grandes hechos. Pero es preciso que el espíritu batallador sea respetado en su soledad, que se le deje tranquilo y solicito luchar y moverse tras su soñado intento... que el público no mate estos generosos impulsos, arrancando el fiel de la balanza, colocándolo en uno de los platillos todo el peso de su odio ó de sus simpatías, crean lo él por sí esta misma competencia.

En el toreo, más que en ningún otro arte, este proceder es siempre dañosísimo.

En donde la historia del toreo consigna nombres de fama en sus anales, allí han surgido estas pavorosas diferencias. El público ha abierto un abismo y luego se ha entretenido en ver á sus víctimas cernerse en rededor de ellos.

¡Pepe-Hillo, Romero!... la historia eterna de las parcialidades, de los bandos y de las sordas y mezquinas querellas. A veces el amor propio se reviste de la aureola del triunfo... ¡cuántas otras el triunfo de esta gloria aparece teñido en sangre!







Romero es el maestro que mide las distancias, que pesa los cálculos, que resiste á las tentaciones de la temeridad. El toro es su libro de estudio... Cuando oye aplausos injustos á un para su persona, se mofa en quien los dá; cuando estallan los silbidos, se sonríe satisfecho; ha cumplido con su deber. El arte le embarga, y el público no es allí el juez, sino el vulgo, ante cuya inexperta vista él luce sus habilidades.

Pepe-Hillo es otra cosa. Tan maestro como el otro, no tiene más objeto que atesorar aplausos, que crecerse en la ovación, que agigantarse en el entusiasmo. En el fondo del más cercano peligro está la emulación; allí, como en las profundidades del Albento, dormitan la mirada que le va á envidiar, el rostro que le va á sonreír, el corazón, que poseído de la misma alegría, palpitará junto al suyo; pues allí está él sereno, provocador, impasible, al modo del dios mitológico, junto á las furias, seguro que no habrán de dominarle. La sórdida avaricia ha podido presumir que en el fondo de esa cima se ha lanzado el lidiador buscando oro. ¡Oro! ¿Para qué sirve? El mismo Pepe-Hillo lo decía: «Si yo vendiera mi sangre por un puñado de onzas, no mereciera ser enterrado donde mis hijos fueran á llorarme.»

El público que *mató* á este diestro ha inutilizado moralmente á otros. O el Curro, ó el Chiclanero, ó el Tato, ó el Gordito. Elegid. Si uno de estos ha de revestirse con los rayos de la gloria, es preciso que el otro sea expulsado á la sombra. El Sol resplandece para todos. Si este astro pudiera ser monopolizado por un espectador atacado de estas pequeñas pasiones, dedicaría todos sus rayos á una sola personalidad, aunque le abrasase con sus destellos.

¿Es que en el corazón del hombre no cabe un doble culto? ¿Por qué derrocar el pedestal de una figura para labrar con sus mismos escombros al pedestal de la otra?

Nuestro tiempo ha heredado del antiguo esta carencia de sentido práctico. La lucha está entablada; la plaza dividida; la barrera separa al público de dos hombres; el público está dividido entre sí; parte de él es Lagartijista, otra parte Frascuelista. ¿A qué conduce esto? A renovar esas rencillas que antes expusimos; á que la imparcialidad ceda indebida plaza á la injusticia, y á que el amor propio de uno de los contendientes se sienta profundamente lastimado.

¡Lagartijo! Ese es el maestro consumado, que, como dicen los lidiadores, sabe perfectamente estar al lado de los toros. Su presencia en la plaza es una garantía de seguridad. Conserva su imperturbabilidad y su sangre fría, aún en los momentos de mayor apuro; más bien que el lidiador que trabaja es el torero que discurre. Cuando un arrojado temerario produce el triste suceso de una fatal cogida..., allí está él para vengarse del toro y recoger las palmas, que estaban destinadas al paciente. Su anuncio en los carteles simboliza siempre una esperanza... ¿Si querrá hoy? Pues llegó la tarde y quiso. Los aplausos de diez mil espectadores son poca cosa para premiar aquella artística y limpia faena compuesta de largas acabadas y finisimas, de recortes esculturales, de incansancio en el bregar y aún de fortuna en el herir. No esperéis la hazaña del colérico jugador que en un determinado momento se juega toda su fortuna... Sobre la temeridad está para Rafael el cálculo, y al lado de éste, el poderoso instinto de su existencia. «Me dejaré hacer pedazos por un toro, ha dicho él, en jamás por un buey.» Y esta sentencia, ya que ha nacido de sus labios, hay que prestarla nuestro mayor asentimiento.

Frascuelo, es, por el contrario, el lidiador que siente: el raciocinio queda por bajo de su valor. Su cabeza es corazón, su mano corazón también, y corazón todo su cuerpo. No es que desconozca el arte (qué majadería! ni ignore la condición precisa de los toros; es que la temeridad le ciega la vista, y el afán de palmas, á modo de parda nube, cubre por momentos sus fascinados ojos. Cuando pisa la arena y la

ovación le rodea por todas partes, se ha juzgado mal en creerle envidioso. Él no envidia, sino intenta superar; no se vale de los aplausos del compañero para aquilatar los suyos; su pecho se ha cernido junto á las astas y de aquel entusiasmo ha podido hacer la fiera el último día de sus victorias.

Dadas estas relevantes y distintas condiciones ¿á qué empeñarse en comparar lo incomparable y buscar igualdad en dos diferentes notas? Cada cual tiene su toro, cada uno sabe despertar emociones desiguales, cada uno tiene su nombre, su merecida fama y lugar preferente en la historia.

Derrocar á uno para ensalzar al otro es la obra del niño que se distrae en romper las piezas de un juguete para volverlo á los pocos instantes á componer.

De ahí nuestras censuras al público.

Porque tú, lagartijista acérrimo; tú, frascuelista apasionado; tú espectador injusto, que avivas rencores con tus frases y despiertas rivalidades con tus improperios; tú podrás dar ocasión á que el lidiador se ausente de tu lado y se dirija á otros lugares para recoger las palmas que tiene merecidas; pero tu conciencia te habrá de remorder profundamente cuando sin darte cuenta de tu injusticia, hayas podido ser causa, aunque muy leve, de la sangre de alguno de ellos vertida en el redondel.

## EN DER CAFÉ...

(BOSQUEJOS)

«Lo habéis de ver mañana, *cabayeros*; en cuanto pise la anchurosa plaza, tan solo por mi traza van á quedarse á *escuras* los toreros. Saldré con frente erguida luciendo mi montera por corona... para mostrar que represento en vida la imagen más cumplida de Montes y Redondo en mi *presona*. Los miureños que acaban de encerrarme, darlos ya por defuntos; á mi primero mataré *aguantando*... esto si voy con *Salvaor* turnando, que si quiere la *impresa* á todos juntos. ¡Vaya un jaleo que ha de armarse mañana en los *tendios*, y hasta á Luna ya veo levantarse á decir que mi toro es el mejor que han visto los *nactos*! ¿Y quiere competir ese con *miquis*?... pues digo que no es *na*, si se me *ajuma* el *jato* le obligo á que se tome una corná y lo meto *endispues* bajo un zapato. ¡Vaya, chico, Ramon, traiga una copa, dos, tres, por cientos, por millares... más cañas de lo añojo que tengo yo en mi ropa dorados y vistosos alamares!... ¡Cigarros por aquí, no haya miseria!... ¿qué quiere *osté* tomar? trae á destajo más vino que consume el mundo entero... ¡ah! y á este revistero media suela *tostá* de las de abajo.»

Hablar así solía todas las noches antes de corria, un alumno en agraz de Pepe-Hillo, y así que esto decía, refiere la conseja, que se atusaba el pelo de la oreja y empezaba á escupir por el colmillo.

A la noche siguiente era de oír la gente comentando *lo malo* que había estado ese torero por demás... finchado.

Esto, lector querido, nos demuestra la máxima de Coros, aficionado ducho y entendido: «*En der Café se matan muchos toros.*»

## FRASCUELO.

Si habéis visto en determinadas horas, junto á la puerta del Café Imperial que mira á la Carrera, á un hombre de proporcionada estatura, delgado, de complexión fuerte y enjuta, tez algo morena sombreada por grises y enortijados cabellos, de andar algo estudiado y á fuerza de ese mismo estudio ya elegante, habréis en él reconocido al lidiador afamado, cuya más exacta *Semblanza* hemos de proporcionar á nuestros lectores.

Sería difícil que lo confundierais con alguien; su modo de mirar, si nó altivo, por lo ménos de hombre engreído y satisfecho; sus modales ejercidos con cierta desenvoltura; todo el porte, en fin, de su figura y de su persona le distinguen á primera vista de los hombres que frecuentan aquellos sitios. Hay otro dato más; pero éste es seguro, incuestionable, casi infalible. Si alguna vez el diestro queda solo, esto es, separado de sus amigos, véase al punto rodeado de ciertos admiradores... y muchachos del taller y ganapanes á porrillo, y gente desocupada y curiosa le cercan y le miran como formando un cortejo de numerosos satélites alrededor de un astro. Es posible que surtan este atractivo efecto un sombrero de ala ancha artísticamente ajustado sobre las sienes, una faja de seda sujeta con caprichoso primor a la cintura, y sobre todo una botonadura de gruesos brillantes prendidos en la pechera de bordada camisola. Pero no... chicos y grandes tendrían á su disposición los escaparates de las joyerías para saciar su vista del hambre inmoderada de riquezas, y no lo hacen aquellos espantados ojos abiertos por la admiración y estimulados por la sorpresa; no se fijan en el fulgor resplandeciente de las joyas, sino en el brillo moral de la persona... nadie dice con sórdida avaricia, refiriéndose á las relucientes piedras: ¡Quién las tuviera! Pero sí todos murmuran: ¡Quién fuera él!...

El muchacho no tiene recursos ningunos en su niñez; ha emprendido un oficio como pudiera haberse dedicado á no hacer nada. Cuando los primeros rayos del sol surgen hermosos por el Oriente, se dirige al taller, de él saca la mugrienta y súcia escalera, el papel dorado para vistosear las habitaciones, el cacharro del engrudo y la enorme brocha con que embadurnar las paredes. El sábado es día destinado para la cobranza; su jornal apenas monta á la escasisima suma de 7 pesetas; total, unos mil y pico de reales al año. El porvenir no es dudoso. La vulgaridad como atmósfera [en] que ha de asfixiarse su vida, la escasez como espejo apropiado de la pobreza, la miseria por añadidura y el hospital en último término para cerrar allí los ojos á la luz y lanzar el postimer lamento... nó aborrecido, pero sí, lo que es mucho peor, olvidado de todos.

Hay secretos impulsos en el alma, como hay en la naturaleza fuerzas misteriosas y secretas también. Ser torero no representa en nuestro país, digan lo que les parezca los extranjeros, una gran cosa; ser un *gran torero*, un *primer espada*, una notabilidad en el arte taurino, eso es ya otra cosa; prodíganse al lado de este afortunado mortal los aplausos y el dinero, la gloria



que sabe prestar lo grande y las envidias hacia él, que sabe producir lo pequeño; rodéale el fausto, la admiración, el mirar de las hermosas, la simpatía de los hombres; como forma parte de su profesión la valentía, es temido, uno de los primeros síntomas del respeto; como gasta, se rodea de parciales; como derrocha, se acompaña con los amigos de un día; como tiene en constante peligro su existencia, cada uno de sus actos vistele la aureola de lo raro y lo grandioso.

Llegar á ser todo esto fué el anhelo constante de Salvador.

Carecía del airoso cuerpo que presta el aire andaluz á los toreros de oficio, y le educó; sentía á veces languidecer sus flexibles piernas hasta formarle una grotesca curvatura, y las dió la rigidez necesaria; solo el cabello resistióse altanero á formar dos recortados tufos sobre la oreja, y le dejó rizado que sirviera de artístico marco á su morena tez. Fué una cuestión de óptica; el espejo le había dicho que á una cabeza modelada con gusto original y raro, podía ajustarse un gran corazón, y él fortificó á éste para desgracia de los toros y admiración de los aficionados, y aliñó con esmero á aquella para admiración de las *aficionadas*.

Se echó al redondel, y vió tender el capote al testuz de la embavecida fiera y lo hizo también; supo un día cómo se colgaban los rehiletes, y también los colgó; sorprendió un entusiasta aplauso del público, tributado á uno que saltaba con la garrocha, y pidió la pica, y saltó; el Gordo formaba su reputación con la silla, y hubo una tarde en que dijo: ¡venga la silla también! Como advertía la desgracia de los picadores, expuestos á tantas caídas como silbidos, no llegó á picar; si sobre un caballo hubiera su indómito carácter advertido que se conquistaban las mayores ovaciones... no lo dudes, lector queridísimo... Frascuelo hubiera picado también.

Llegó el momento solemne de la alternativa, y estudió á Cayetano; no logrando imitar la mano izquierda de su maestro, prestó todo su valor, todo su coraje al brazo derecho... y ¡oh suspirado instante! Mató toros, y los mató con valor, con energía, con denuedo.

Los primeros avisos de las reses fueron innumerables; embrocaduras, atropellos, revolcones, una terrible cogida en sus comienzos y una cornada, que sin penetrar en el pecho, le entró por las costuras del chaleco, le manchó de sangre la camisa, atravesóle la tela que cubría el lado del corazón y le echó fuera la hombrera. ¡Mayor conformidad, doble entereza, nuevos alientos para seguir batallando! ¡Lucha incansante, en fin, contra la naturaleza, contra sus antecedentes, contra sus imperfecciones, contra todo el torrente de obstáculos que pudieran imponersele á su decidida afición!

Le avisaron los toros con semejantes caricias, y lejos de mostrar cobardía, dióse él por ofendido.

¡Matar toros sin darles á los animalitos tiempo para resollar...! ¡Ingrato, quererlos tan mal cuando tantos triunfos le proporcionan!

La diferencia de posición ha engendrado la diferencia de carácter. El público descontentadizo quiere que á la manera del sábio, del hombre estudioso y del pensador profundo, el torero se ampare de la modestia enfrente de la jactancia, que se cubra de sombras en medio de la luz, y que, como el poeta vergonzante, ocultela chispa de su ingenio entre el arsenal hediondo de sus harapos.

¡Imposible!

El torero que desafia á la fiera ante diez mil espectadores para arrebatárselos valiente al fuego de su entusiasmo, es el mismo que ha de sorprenderles más tarde en el teatro, en el paseo, con el sello de su originalidad. En tanto que el avariento mide el interés de sus ganancias, él muéstrase más espléndido que nadie. Quédese para el honrado industrial, para el pacífico tra-

ficante la modesta lana con que ha de cubrir su cuerpo; la figura del diestro, como la de las imágenes en las iglesias, ha de estar revestida de la mejor tela que filen los telares de Valencia, del más limpio torzal que tejan las cuidadosas manos, del gacho sombrero en que el armador haya podido depositar su más remilgada coquetería, del más grueso filon de oro que nos recuerde las auríferas minas de California, y que convertidas en luciente cadena, han de prestar á su bien ceñida faja el secreto y el fulgor de su riqueza.

Vana ostentación... ¡Mentira!—El lidiador ha de decir á voces á la sociedad positivista que le contemple:—Yo no vendo mi sangre por un puñado de oro... ya veis el caso que hago de él. Expongo, si, mi existencia, y la expondré cien veces por la gloria que presta la adquirida fama, por el entusiasmo que despierto en mi faena, por esta envidia de los demás, que es la emulación de mi propio!

Salvador asiste de noche á un espectáculo en el teatro... entra en su palco acompañado de sus camaradas. Los espectadores que asisten á las butacas le dirigen sus gemelos. ¡Ya puede dormir tranquilo! Le complacen tanto estos rasgos de popularidad, que entre sueños se le figura haber torreado aquella noche.

¡Carreras de caballos! Allí está el célebre diestro montando el mejor potro cordobés.... ¿Cómo se llama ese caballo inglés de pura raza que ha obtenido el premio como vencedor en la carrera? Se llama *Frascuelo*, le contesta su interpelante. El diestro se sonríe con satisfacción, corre presuroso á su casa... ¡qué felicidad! su nombre ha traspasado los Pirineos, y por el canal de la Mancha, se ha fijado en las orillas del Támesis.

Silencio en las calles, tristeza en el ánimo... la Iglesia conmemora una lúgubre festividad: ¡estamos en Jueves Santo! Cuando la aristocracia ha dejado los oficios de la mañana, marcha contrita á solazarse en la Carrera de San Gerónimo. ¡Ved al devoto diestro! Seguro está que exponga su persona á confundirse con las demás pisando las aceras. Por el centro de la calle, convertida con esta ocasión en aristocrático paseo, luce su faja de seda negra, su pantalón de torzal finísimo, negro también, y una chaquetilla de terciopelo de idéntico color. Viste, permitasenos la exageración, rigurosísimo luto... ¡¡¡Desde la orgía de la noche anterior ha pasado á rendir este tributo de respeto á la memoria del Crucificado!!!

En el carnavalesco bláson de sus caballos... No le vereis jamás con un antifaz cubriendo su rostro... ¡qué lástima! podría el público no conocerle... En el juego del *mús*, se hace irresistible... Si juega á la pelota, desorienta á los navarros. ¿Quereis conocer el rasgo más atrevido de este singular carácter, crecido por el amor de sí mismo y enamorado de su valor?

Viajaba el notable diestro en un coche de primera desde Córdoba á Madrid, acompañado de un caballero inglés que llevaba á su encantadora hija á recorrer las principales poblaciones de Andalucía. El grave y severo *lord* tomaba nota en su abultada cartera de las impresiones más gratas del viaje. Cuando hubieron de llegar á la estación en que el hijo de Albion iba á permanecer por algun tiempo, se hizo necesario el cambio de tarjetas. Frascuelo sacó su satinada vitela, y la depositó en manos del inglés. El rostro del *lord* se contrajo como poseído de admiración, y su rubia hija, áun á trueque de que el tren arrancara la marcha, se puso á emborronar unas cuartillas.—¡Qué fortuna!—exclamó el extranjero consternado sin poder contener su alegría, chapurreando algunas frases en español:—«Yo decir á Inglaterra haber viajado con Frascuelo.»

«*Yam very much obliged to you* (1),»—contestó el diestro en correctísimo inglés.»

—¡Hablar en inglés Frascuelo!—Exclamamos todos los que presenciamos este diálogo.—¡El

(1) Le quedo á usted muy agradecido.—(Traducción al español).

afán de gloria y de popularidad le ha inspirado estas palabras!

Posible es que fuese así.

Desde que yo fui testigo de aquella escena, he llegado á creer en el magnetismo.

¿Constituye esta pasión un defecto? No por cierto. Ella ha sido el resorte más poderoso de su fama, y el estímulo constante para su porvenir.

Estudemos como torero al simpático diestro, y le veremos valiente, temerario, atrevido, con una decisión en su ánimo, que á veces ha podido costarle la vida. Saca á los toros con largas finas y elegantes; llévase numerosas palmas en los quites de compromiso; maneja, si nó con gran maestría, á veces con algun lucimiento la muleta, y consuma la suerte de matar como poquísimos diestros, áun de los que con mayor justa fama han pasado á la historia.

En la gran cogida del toro *Guindaletto*, Madrid le demostró un cariño que envaneciera á un alma menos templada que la suya. Meses despues, disgustóse el mismo público de haberle elevado tanto, y las pasiones se confabularon para ausentarle de la Corte.

Sus detractores no sabían que trabajaban por un nuevo triunfo. Se ha anunciado su aparición en la corrida extraordinaria de Beneficencia, y esto ha fijado al papel precios exhortantes.

¡Es de todo punto inútil conspirar contra el mérito!

Uno de los que en la temporada del 79 le silbaba con mayor encono sin darse cuenta de esta marcada obstinación, me decía ayer junto al despacho de billetes:

—¡No vuelvo á silbar más á Salvador: para verle trabajar el domingo, acabo de pagar ciento cincuenta duros por un palco, única localidad que me han ofrecido; por esta suma le hubiera visto torear tres años desde mi modesto tablancillo...

¡Pequeño castigo para tan gran injusticia!

## LOS TOROS DE MIURA (1).

Por fin la Empresa se ha acordado de qué existían, y los hizo lidiar el domingo 28. ¡Tiempo era ya! Esta ganadería es de las más renombradas de España, tanto, que ha quedado en el sentido del pueblo la palabra *Miura* como sinónimo de un buen toro.

Su historia: D. Antonio Miura, vecino de Sevilla, es dueño de la vacada que D. Juan Miura fundó hace más de 28 años, habiéndose corrido en Madrid los primeros toros de esta casta el día 30 de Abril de 1849. La divisa que primeramente usaron fué encarnada y negra; hoy ha sido sustituido aquel color por el verde. Tres razas de las mejores de Andalucía contribuyeron á la formación de la vacada de Miura; la que poseía D. José M. Albareda, del Puerto de Santa María; la de D. Antonio Gil, de la Rinconada, y la de Don José Rafael Cabrera, de Utrera. Es cierto que algunas reses son de condición aviesa para el segundo y último tercio de la lidia, por recelarse y hacerse de sentido; pero la mayor parte de ellas son bravas y nobles, y todas demuestran poder en la suerte de varas, debiéndose en más de un caso al recelo de los diestros la transformación de un toro franco y boyante, en tardo, descompuesto, y finalmente de sentido.

Sus *hasañas*: El toro *Jocinero* mata en Madrid al espada José Rodríguez (*Pepete*) cuando se dirigía á hacer un quite á Antonio Calderón. Cayetano Sanz fué también encunado por la misma fiera.

El 6 de Abril de 1863, se lidió un toro llamado *Morcillo*, de tan malas condiciones, que el Cuco y Mariano Anton tuvieron que trabajar muchísimo para ponerle banderillas, resultando Muñoz embrocado y librándose de una fatal herida.

A *Serranito* tuvo el Gordo que descabellarle sin proceder ninguna estocada.

*Canito* engancha á Matías Muñoz, sufriendo el banderillero una gran contusión en el muslo izquierdo.

*Tornero* hace á Cayetano una herida de pulgada y media en la nalga derecha.

*Calzadillo* coge al Gordo, le tira al suelo y le produce graves contusiones en la cadera é hipocondrio.

*Lagarto* le dá un puntazo de una pulgada en la mandíbula inferior, al banderillero *Noteveas*.

Frascuelo es arrollado por *Malagracia*, que le arranca una de las hombreras, entrándole el cuerno por debajo de la chaquetilla.

(1) Por falta de espacio no pudo aparecer este suelto en nuestro número anterior. En el próximo publicaremos lo que sobre las ganaderías de Veragua y Muruyo tenemos hoy escrito.



El brazo de Sacanelles fué fracturado por *Tablones*. Lagartijo es encunado y arrollado varias veces, por *Bonito*.

En la corrida de Beneficencia celebrada el 23 de Mayo del 75, al clavar un par de rehiletes á *Chocero* el jóven diestro Mariano Canet, fué enganchado por una pierna y tirado al suelo; cuando iba á levantarse, la fiera tiró otro hachazo, que alcanzó al cuello del infeliz torero; levantóse por fin y marchó por su pié á la enfermería, donde falleció á los pocos instantes.

*Tortolillo* fué el primer toro que en el año 1864 mató Rafael en Madrid, por gracia especial concedida á Cúchares y al Gordito.

A un legítimo de Miura debió también Frascuelo la tura de su brazo.

## TOROS EN MADRID.

*Corrida extraordinaria de Beneficencia celebrada el día 4 de Junio de 1882.*

**PRELUDIOS.** Se nos dice que los revendedores ofrecían varios regalos á la Virgen de la Paloma, porque Salvador resultase ileso en la corrida verificada en Córdoba durante la feria. Esperaban de su salida en la plaza, obtener pingües ganancias, y en efecto, lo han conseguido. Las localidades nó el doble, sino el triple y la cuarta parte de su valor. El lleno completísimo. Solo faltaba que el cielo permitiese celebrar la corrida, y hasta el Sol se ha mostrado buenísimo no molestando demasiado á los que se han sentado fuera de la sombra.

**RESEÑA.** La plaza está vistosamente engalanada. Cuando terminó la música del Hospicio una preciosa tocata, apareció en el palco de los ediles el Teniente Alcalde encargado de dirigir la lidia, D. Francisco Martínez Brau. Enchiquera-dos estaban para que el Buñolero les diese libertad, cuatro toros del Duque de Veraguas y otros cuatro de Muruve. Sacudió el presidente el pañuelo, y aparecieron las cuadrillas precedidas de los *gendarmes* á caballo. Los Reyes, el Duque de Montpensier y el infante D. Antonio, ocupaban el palco régio.

Lagartijo, Frascuelo, Machío y Felipe García, acompañados de su gente, pisaron el redondel, siendo Salvador saludado á su salida con generales aplausos. Despues de las cortesías de ordenanza, y colocados en sus puestos como picadores de tanda Francisco Calderon y Agujetas, se dió suelta al primer bicho, que se llamaba:

**Cirilo.** Era el de Veragua berrendo en negro, bizco del derecho, botinero y de libras, buen mozo y fino de astas. Sin voluntad tomó tres varas de Calderon (P), cayendo una vez al descubierta, de cuyo compromiso le salvaron los capotes de Lagartijo y Frascuelo, distinguiéndose Rafael. Agujetas pinchó dos veces, y Calderon (M) dió un puyazo. El Presidente mandó cambiar la suerte. Juan Molina, despues de salir en falso una vez, prendió un par chinesco cuarteando, y otro par al relance. Mariano cumplió con un par, tambien al cuarteo, que resultó desigual, precediendo otra salida en falso. Tocaron á matar. Lagartijo, ataviado de azul con golpes de oro, entendiéndose con Cirilo, con la siguiente faena: dos naturales, seis de telon, dos con la derecha y uno cambiado, para una corta al volapié, algo caída; dos altos, varios trasteos, y un casi-descabello á la primera. Algunos aplausos.

2.º **Zorrito**, primero de los de Muruve. Negro, gacho, astillado del derecho, de poder y bravo. Calderon (P.) pone tres varas, Agujetas otras tres y Calderon (M.) una. Agujetas es sumamente aplaudido al retirarse al corral en busca de nueva montura. Pablo deja un par de cintas cuarteando y otro de los de primera clase, despues de arrojar la monterilla. Valentin otro á toro parado, algo caido. Llega la hora suprema. Frascuelo, de verde oscuro, con ricos bordados de oro, brinda á la presidencia y dirigiéndose á su adversario, le prepara con seis pases naturales, cuatro de telon, uno con la derecha y dos cambiados, tirándose á matar de la manera mejor que el arte y el corazon de consumo pueden pedir, resultando una estocada á volapié en las mismas péndolas y hasta la empuadura. El animal cayó al suelo como herido de un rayo. Extraordinaria ovacion. Sombreros, cigarros á granel, prendas de vestir, petacas, algunos regalos y palomas

vistosamente adornadas de cintas de seda. El Rey echó al redondel un veguero cubierto de papel plateado.

Aún duraba el frenesí popular, cuando apareció el 3.º **Sosito**, de Veragua. Colorado claro, ojinegro, bien puesto. Empezó blando, creciéndose luego al castigo.

Agujetas, que rajó una vez, puso seis varas y Curro Calderon, á quien se le colocó *Sosito* suelto una vez, perdió dos pencos.

Pulguita cuelga dos pares buenos cuarteando, prévia una salida falsa. Ojeda concluye la suerte con otro par de los de primera clase.

Machío, de grana y oro, cumplido el deber de cortesía, se dirige á la res á la que, prévios dos telonazos, uno natural, otro con la derecha y dos cambiados, dá muerte de una honda y alta pero ladeada á volapié. Intentó descabellar cuatro veces, pero no lo consiguió.

El toro se echó aburrido. Silencio en la plaza.

4.º **Trapero**, segundo de Muruve, era negro, bragado, algo abierto de piés, pocas libras y bravo. Cuatro varas aguantó de Agujetas, con bastante coraje; tres de Francisco Calderon, dos de Manuel y una de Cangao. Joseito, despues de hecha la señal correspondiente, colgó un par bueno al cuarteo, chinesco, despues de tres salidas falsas y otro á la atmósfera, prévia la misma faena, y Ostion uno muy bueno tambien, y tambien al cuarteo, de cintas y banderas.

El clarín hizo la señal de cambiar el juego, y salió Felipe, que vestía morado y oro, á habérselas con *Trapero*, y se entabló la siguiente escena: cuatro pases naturales, tres de telon, intercalados con dos coladas, un desarme y diez pases con la derecha, un intento de estocada pasando sin herir, y por fin, á tiempo que la autoridad le hacía el primer aviso, una estocada caída arrancando de lejos y volviendo la cara. Felipe intenta por dos veces el descabello, no consiguiéndolo ninguna; por último, el puntillero acertó á la primera y acabó con la vida de *Trapero*.

5.º **Maestro**, de Muruve. Negro, bragado, bien puesto, corni-veleto y de piés. El Artillero se despide del potro que montaba, y el toro que vé al caballo, le acomete. El Chuchi moja cuatro veces, el Artillero dos y una Calderon (J.). Tocaron á parar; el público censuró la precipitacion con silbidos. Mariano deja un par chinescas al cuarteo, y otras ordinarias en la misma forma. Juan Molina clava un par de plumas á toro parado. Tocaron á matar. La faena de Rafael fué corta, pero magistral y excelente. Dió cuatro en redondo *dibujados* y dos cambiados de primera, para una buena estocada á volapié tirándose en regla; luego sacó el estoque y el toro cayó sin necesitar puntilla. Gran ovacion; le fué regalada una petaca de plata, aplausos, sombreros, un estanco de cigarros, etc., etc. En los quites que hizo á este toro terminaba la suerte acariciando el testuz, y en uno de ellos arrancó la divisa.

6.º **Tortolillo**, del Duque. Era berrendo en negro, abierto de cuerna, de muchos piés y bastantes libras. Cuatro puyazos tomó del Chuchi y cinco del Artillero. El Presidente ordenó cambiar de suerte, y Regaterin toma los palos para clavar un buen par de las chinescas y otro de los naturales muy superior. Valentin cumple con otro par al cuarteo. Llegó la hora de las grandes sensaciones. Salvador toma los trastos, y más con el cuerpo que con la muleta, y más con los alambres de su chaquetilla que con el trapo, pasa á la res ceñidísimo en extremo. No recordamos haber visto cosa igual. Emplea seis naturales y uno cambiado, cita á recibir, y despacha al de Veragua con una estocada hasta los gavianes, recibiendo, un poquito caída.

El toro aún de pié, sacó el estoque el diestro, echándose la res en seguida. Ovacion indescriptible, tan prolongada y tan nutrida como en el primer toro. De nuevo le arrojaron palomas y varios regalos.

7.º **Polaco**; Muruve, negro, zaino mulato, y bien puesto de astas.

Rajando y agarrando mal en varias acasiones le tentaron el pelo los picadores ocho veces, correspondiendo seis á Chuchi, una á José Calderon y otra al Artillero. Al quite Machío.

En el segundo tercio clavó Punteret un par de banderas y gallardetes al cuarteo y otro de las comunes, desiguales. Ojeda puso sólo medio, chinesco tambien, cuarteando, con lo que dejaron al *Polaco* en disposicion de entendedérselas con Machío.

Este se avistó con el enemigo con deseos de hacer algo, y lo pasó con tres naturales, otros tantos de talon, cuatro con la derecha y dos naturales, intercalándolos con un pinchazo bajo citando á recibir y saliéndose de la suerte, otro pinchazo alto á volapié, tres más en lo bajo y cinco intentos de descabello. El toro se echó y el puntillero acertó al segundo golpe. Machío oyó algunos aplausos.

8.º **Caballero**, de Veragua, pelo negro, mulato. Tomó del Chuchi dos varas y tres del Artillero.

Corito colgó un par al cuarteo y otro desigual lo mismo, y Ostion uno superior al cuarteo. Felipe, despues de pasar bien al enemigo con tres naturales y uno de pecho, despachó al bicho de una buena arrancando. Muchos aplausos.

Lagartijo abandonó el ruedo una vez arrastrado el 7.º toro, por tener compromiso de asistir en Zaragoza á una novillada que lidiarán varios jóvenes aficionados de aquella localidad.

**APRECIACION.** Los toros del Duque no han correspondido en la lidia á lo mucho que esperábamos de su hermosa lámina y de su justo renombre; nobles y boyantes en los dos últimos tercios de la lidia, mostráronse tardos y blandos en la suerte de varas. Los de Muruve han dado más brillante juego.

*Lagartijo*, algo desconfiado y pasando de largo á su primer toro, no empleó la faena que la res exigía; falta ya en el último tercio de facultades, debiera el lidiador haberla dado tablas y consumir allí el volapié con mayor lucimiento; tiróse á matar, precediendo el consabido paso trasero, y la media estocada sólo nos pareció aceptable. En su segundo toro, mucho tendríamos que decir, aunque escasas nos parecerían todas nuestras alabanzas para juzgarle como se merece. Aquellos cuatro pases en redondo y los dos cambiados, valieron cualquier cosa, y sobre todo el segundo de ellos que fué obligado. Al herir lo hizo por derecho, aunque nó tan en corto como deseáramos, y la estocada resultó perfectamente puesta. La ovacion fué merecidísima. ¿Por qué no le veremos siempre así?

En los quites trabajador; resultando la faena con mucho lucimiento.

**Frascuelo:** Era hoy un día de prueba y nos probó una vez más que sabe rayar donde el primero. A su primer toro dió un volapié, empleando todas las reglas que para esta suerte señala el arte: cuadró perfectamente, dió con el trapo la correspondiente salida y se acostó sobre el morrillo... pudo decirse de esta faena empleada en *Zorrito* lo que del *Chiclano*... Si el estoque hubiera tenido líneas divisorias, pudiera haberse podido apreciar los tanteos de su entrada. En su segundo, á incomparable altura, pasó con la muleta para que ya no vuelva á decir el público que le admiraba, que carecía de mano izquierda; fué un prodigio de limpieza y ejecución. Citó y consumó la suerte de recibir, teniendo culpa él mismo por empitonarse demasiado, que la estocada no resultase en los mismos rubios. Las dos ovaciones que le ha tributado el público de Madrid, deben haberle hecho olvidar pasadas rencillas. Así se conquista lo perdido!

Nos agradó tambien en extremo verle llegar con la muleta á la cara de la fiera y desplegarla en su sitio. ¡Señor Salvador, su mano izquierda ha ganado mucho con la ausencia de nuestro lado! Nuestras felicitaciones más entusiastas.

**Machío** pasando muy bien á su segundo toro. Intentó recibir, y se salió de la suerte.

**Felipe García** desacertadísimo en su primero; muy bien al segundo, y nuestros aplausos por la estocada.

De los banderilleros, Ojeda, Regaterin y Pablo. Un par de Ostion excelente.

El resumen de esta festividad taurina, puede hacerse consignando que formará gloriosa época en los anales del toreo.

Los pases de Rafael á su segundo toro, han sido magistralmente ejecutados... Salvador tuvo que luchar con esto y se esforzó pasando al suyo rozando los pitones de la fiera con su propio cuerpo. ¡No cabe ni más arte ni mayor serenidad!

El público hubo momentos en que rayó su entusiasmo en frenesí. Con sus exclamaciones, hacía mejor que nosotros el resumen de esta grandiosa competencia.

¡Lagartijo, decían los espectadores, superior!

¡Frascuelo, sublime!!! **ALEGRÍAS.**

Imprenta de José M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, 6.

## ANUNCIO.

# LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

SE PUBLICA AL SIGUIENTE DIA DE CADA CORRIDA DE TOROS HABIDA EN MADRID.

Administracion: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre..... 2 pesetas 50 céntimos.